

Daniel Defoe

Robinson Crusoe

Con ilustraciones de Thomas Henry Nicholson
Salvat/Verbum, 2020

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Bibliografía recomendada, Clásicos mínimos, Nadadores
Fecha de Publicación: 18/11/2020 y 25/12/2020
Número de páginas: 13
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

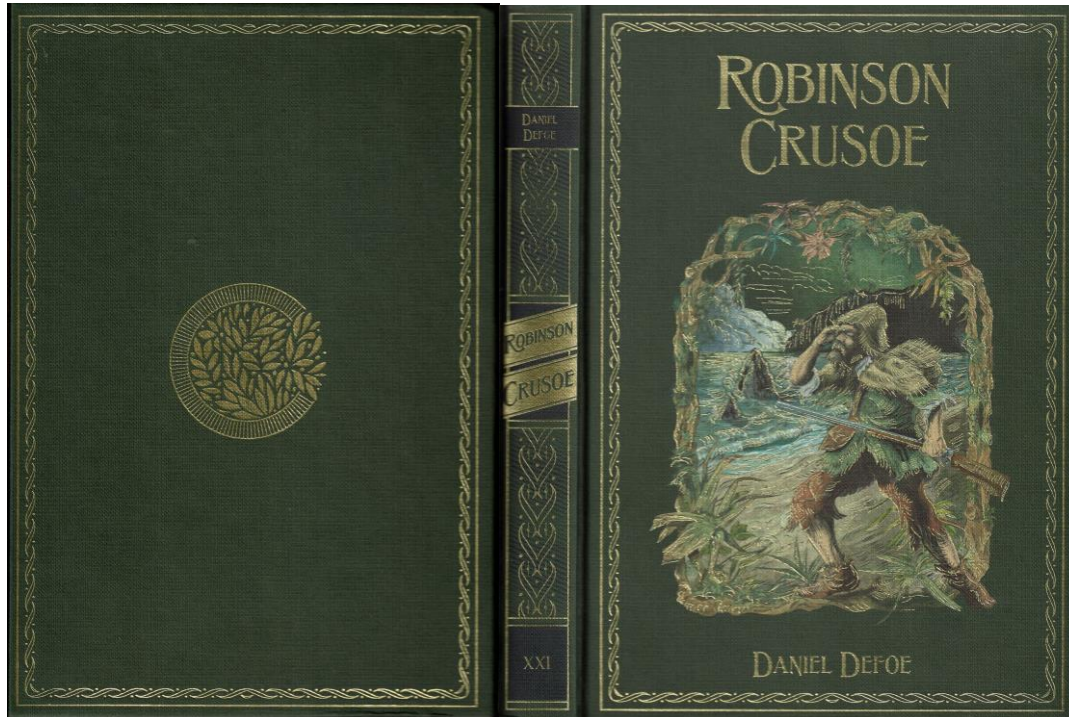
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Daniel Defoe: Robinson Crusoe

Con ilustraciones de Thomas Henry Nicholson

Salvat/Verbum, 2020



Como es lógico, con tantas historias de navegaciones y naufragios, hay muchos Nadadores en esta novela clásica inglesa de Defoe, comenzando por el propio protagonista, Robinson, y su siervo Viernes. Toda la novela es un canto a la lucha por la supervivencia y la libertad, y desde el primer episodio de cautiverio del joven Robinson en el Magreb aparece la figura del Nadador; apresado por corsarios de Salé, muy joven aún, Robinson decidió huir de su cautiverio en un bote de pesca que había pertrechado previamente de armas y pólvora con la disculpa de salir a pescar y aprovechar la ocasión para cazar algún ave; le acompañaban en el bote de pesca un moro adulto y un niño, Xury, que se convertiría en su primer siervo o criado. Su deseo de huir del cautiverio hizo que, a pesar de que no soplara viento del sur que podría llevarle a las costas de España, sino del nordeste, que le alejaría hacia el sur, decidiera la huida en aquella ocasión favorable, y así se lo planteó.

Después de estar un rato pescando y no haber cogido nada, porque cuando tenía algún pez en el anzuelo, no lo sacaba para que el moro no lo viera, le dije:

- Aquí no vamos a pescar nada y no vamos a poder complacer a nuestro amo. Será mejor que nos alejemos un poco.

Él, sin sospechar nada, accedió y, como estaba en la proa del barco,

desplegó las velas. Yo, que estaba al timón, hice al bote avanzar una legua más y enseguida me puse a fingir que me disponía a pescar. Entonces, entregándole el timón al chico, me acerqué a donde estaba el moro y agachándome como si fuese a recoger algo detrás de él, lo agarré por sorpresa por la entrepierna y lo arrojé al mar por la borda. Inmediatamente subió a la superficie, porque flotaba como un corcho. Me llamó, me suplicó que lo dejara subir, me dijo que iría conmigo al fin del mundo y comenzó a nadar hacia el bote con tanta velocidad, que me habría alcanzado enseguida, puesto que soplaba muy poco viento. En ese momento, entré en la cabina y cogiendo una de las armas de caza, le apunté con ella y le dije que no le había hecho daño ni se lo haría si se quedaba tranquilo.

- Pero – le dije –, puedes nadar lo suficientemente bien como para llegar a la orilla. El mar está en calma, así que, intenta llegar a ella y no te haré daño, pero, si te acercas al bote, te meteré un tiro en la cabeza, pues estoy decidido a recuperar mi libertad.

De ese modo, se dio la vuelta y nadó hacia la orilla, y no dudo que haya llegado bien, porque era un excelente nadador.

Tal vez me hubiese convenido llevarme al moro y arrojar al niño al agua, pero la verdad es que no tenía ninguna razón para confiar en él.

Cuando se alejó, me volví al chico, a quien llamaban Xury, y le dije:

- Xury, si quieres serme fiel, te haré un gran hombre, pero si no te pasas la mano por la cara – lo cual quiere decir jurar por Mahoma y la barba de su padre –, tendré que arrojarte también al mar.

El niño me sonrió y me habló con tanta inocencia, que no pude menos que confiar en él. Me juró que me sería fiel y que iría conmigo al fin del mundo.

(pp. 23-24).

Bestias salvajes nadadoras

Ese es el arranque aventurero de Robinson con el niño marroquí Xury de compañero, bordeando la costa de África hacia el sur; ante el problema de la necesidad de agua, intentaron con muchas cautelas desembarcar: “Llegamos al estuario por la tarde y decidimos llegar a nado a la costa tan pronto oscureciera, para explorar el lugar” (p.25), pero desistieron de ello al escuchar “ladridos, aullidos, bramidos y rugidos de animales” que los asustó, sobre todo durante la noche.

Xury estaba aterrorizado y, en verdad, yo también lo estaba, pero nos asustamos mucho más cuando advertimos que una de esas poderosas criaturas nadaba hacia nuestro bote. No podíamos verla pero, por sus resoplidos, parecía una bestia enorme, monstruosa y feroz. Xury decía que era un león y, tal vez lo fuera, mas no lo sabía. El pobre chico me pidió a gritos que leváramos el ancla y remáramos mar adentro.

- No – dije –, soltaremos el cable con la boya y nos alejaremos.

No podrá seguirnos tan lejos.
No bien había dicho esto, cuando me percaté de que la criatura (o lo que fuese) estaba a dos remos de distancia, lo cual me sorprendió mucho. Entré a toda velocidad en la cabina y cogiendo mi escopeta le disparé, lo que le hizo dar la vuelta inmediatamente y ponerse a nadar hacia la playa.
(pp. 25-26).

Cuando se hizo de día, al fin, y con la playa vacía de fieras ya, huidas tras los disparos que las habían aterrorizado, se decidieron a hacer la aguada que habían aplazado y que tanto necesitaban. “Aproximamos el bote a la orilla hasta donde nos pareció prudente y nadamos hacia la playa, sin otra cosa que nuestros brazos y dos tinajas para el agua”. Más adelante, vieron salvajes en la costa también, y con otra escena de dos fieras nadadoras ante un nutrido grupo de espectadores, los salvajes negros desde la playa y Robinson y el niño marroquí Xury desde la navecilla velera en la que aún viajaban.

Los dos animales se dirigieron hacia el agua y, al parecer, no tenían intención de atacar a los negros. Se zambulleron en el agua y comenzaron a nadar como si solo hubiesen ido allí por diversión. Al cabo de un rato, uno de ellos comenzó a acercarse a nuestro bote, más de lo que yo hubiese deseado, pero yo le apunté con el fusil que había cargado a toda prisa, y le dije a Xury que cargara los otros dos. Tan pronto se puso a mi alcance, disparé y le di justo en la cabeza. Se hundió en el acto, pero enseguida salió a flote, volvió a hundirse y, nuevamente, salió a flote, como si se estuviese ahogando, lo que, en efecto, hacía. Rápidamente se dirigió a la playa pero, entre la herida mortal que le había propinado y el agua que había tragado, murió antes de llegar a la orilla.

[...]

El otro animal, asustado con el resplandor y el ruido del disparo, nadó hacia la orilla y se metió directamente en las montañas, de donde habían venido...

Ese es el modo de preámbulo a la aventura por la que Robinsón se hizo famoso como arquetipo literario del náufrago. Defoe sitúa la acción a mediados del siglo XVII, en esa segunda mitad del siglo que puede considerarse un siglo de oro de la piratería atlántica, así como también de la mediterránea, principalmente magrebí. Si Robinsón abandona su casa de muy joven, hacia 1650-1651, después del episodio de cautiverio marroquí llega a Brasil y se instalará con éxito hasta ser propietario de una plantación, aunque su sed de aventuras le lleva a embarcarse de nuevo - el 1 de septiembre de 1659, llega a precisar - en el barco cuyo naufragio dará lugar a la aventura principal del libro. Del bote en el que iban once supervivientes, sólo Robinsón logró salvarse tras una travesía a nado hasta la costa de la isla que durante muchos años iba a ser su territorio; tenía entonces 27 años e iniciaba su gran aventura vital.

Nada puede describir la confusión mental que sentí mientras me hundía, pues, aunque nadaba muy bien, no podía librarme de las olas para tomar aire. Una de ellas me llevó, o más bien me arrastró, un largo trecho hasta la orilla de la playa. Allí rompió y, cuando comenzó a retroceder, la marea me dejó, medio muerto por el agua que había tragado, en un pedazo de tierra casi seca. Todavía me quedaba un poco de lucidez y de aliento para ponerme en pie y tratar de llegar a la tierra, la cual estaba más cerca de lo que esperaba, antes de que viniera otra ola y me arrastrara nuevamente.

[...]

Mi gran preocupación era que la ola, que me arrastraría un buen trecho hacia la orilla, no me llevase mar adentro en su reflujo.

[...]

Nuevamente me cubrió el agua, esta vez por menos tiempo, así que pude aguantar hasta que la ola rompió en la orilla y comenzó a retroceder. Entonces, me puse a nadar en contra de la corriente hasta que sentí el fondo bajo mis pies.

(pp. 43-44).

Ya en la isla en la que iba a permanecer muchos años antes de un nuevo rescate azaroso y lleno de peligros, consiguió transportar del barco encallado muchos útiles, alimentos y lonas a la playa; e incluso dinero, a pesar de su desdén hacia él en ese momento: “-¡Oh, droga!, ¿para qué me sirves? No vales nada para mí; ni siquiera el esfuerzo de cogerte del suelo. Cualquiera de estos cuchillos vale más que este montón de dinero...” Tras una docena de viajes en una balsa en la que rescató muchos de aquellos bienes útiles del barco naufragado, perdió la balsa en una tormenta:

“Lo mejor que podía hacer era marcharme antes de que subiera la marea pues, de lo contrario, no iba a poder llegar a la orilla. Por lo tanto, me arrojé al agua y crucé a nado el canal que se extendía entre el barco y la arena, con mucha dificultad, en parte, por el peso de las cosas que llevaba conmigo y, en parte, por la violencia del agua, agitada por el viento, que cobraba fuerza tan rápidamente, que, antes de que subiera la marea, se había convertido en tempestad.”
(pp. 56-57).

Los rescates del barco fueron su verdadera tabla de salvación en ese naufragio en la vida salvaje en la que iba a tener que vivir durante largos años; con ellos y con su ingenio iba a ser capaz de sobrevivir, e incluso de narrar su historia.

Hay que observar que, entre las muchas cosas que rescaté del barco, en los muchos viajes que hice, como he mencionado anteriormente, traje varias de poco valor pero no por eso menos útiles, que he omitido en mi narración; a saber: plumas, tinta y papel de los que había varios paquetes que pertenecían al capitán, al primer oficial y al carpintero; tres o cuatro compases, algunos instrumentos matemáticos, cuadrantes,

catalejos, cartas marinas y libros de navegación; todo lo cual había amontonado, por si alguna vez me hacía falta. También encontré tres Biblias muy buenas, que me habían llegado de Inglaterra y había empaquetado con mis cosas, algunos libros en portugués, entre ellos dos o tres libros de oraciones papistas, y otros muchos libros que conservé con gran cuidado. Tampoco debo olvidar que en el barco llevábamos un perro y dos gatos, de cuya eminente historia diré algo en su momento, pues me traje los dos gatos y el perro saltó del barco por su cuenta y nadó hasta la orilla, al día siguiente de mi desembarco con el primer cargamento. A partir de entonces, fue mi fiel servidor durante muchos años. Me traía todo cuanto yo quería y me hacía compañía, lo único que faltaba era que me hablara, pero eso no lo podía hacer. Como dije, había encontrado plumas, tinta y papel, que administré con suma prudencia y puedo demostrar que mientras duró la tinta, apunté las cosas con exactitud. Mas cuando se me acabó, no pude seguir haciéndolo, pues no conseguí producirla de ningún modo. (p. 62).

La mitad de la novela de Defoe/Robinson, tras la introducción de los primeros viajes del protagonista y naufragio final, la ocupa su arte de fabricarse los recursos necesarios y de organizarse la vida en soledad intentando mantener su ser civilizado; el diario de los primeros días y su preocupación por no perder el control y medida de un calendario pueden considerarse en la base del relato.

“EL DIARIO

30 de septiembre de 1569. Yo, pobre y miserable Robinson Crusoe, habiendo naufragado durante una terrible tempestad, llegué más muerto que vivo a esta desdichada isla a la que llamé la Isla de la Desesperación, mientras que el resto de la tripulación murió ahogada.

[...]

1 de octubre. Por la mañana vi, para mi sorpresa, que el barco se había desencallado al subir la marea y había sido arrastrado hasta muy cerca de la orilla.

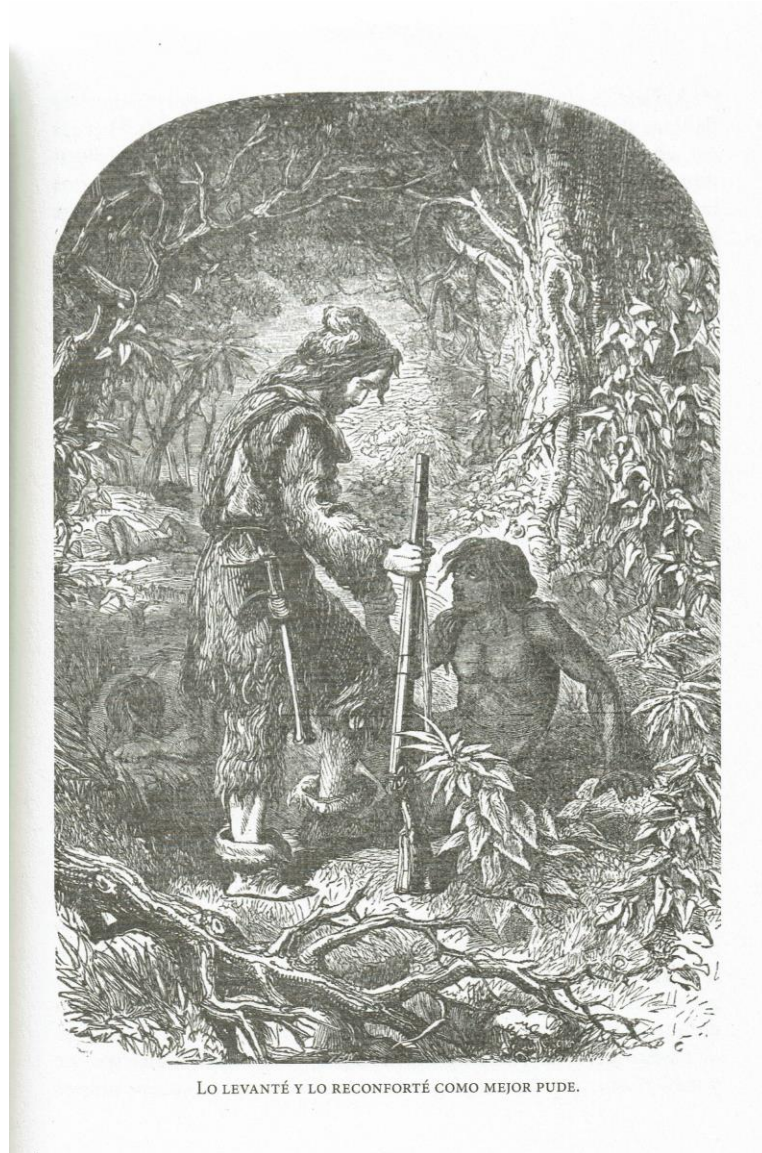
[...]

Pasé gran parte del día perplejo por todo esto, mas, viendo que el barco estaba casi sobre seco, me acerqué todo lo que pude por la arena y luego nadé hasta él.

Ese día también llovía, aunque no soplabla viento.

(p. 68).

Y ese es, realmente, el arranque de la historia... El 30 de septiembre, además, era el día del cumpleaños de Robinson: cumplía 26 años. (p. 122). Tenía que pasar muchos años en soledad, reinventando incluso la agricultura a partir de unos pocos granos que el azar puso a su alcance, antes de que apareciera el salvaje que iba a convertirse en su siervo y compañero: Viernes.



GANAR LA VIDA A NADO O NADANDO HACIA LA MUERTE

Varios años después de llegar a la isla, Robinson descubrió que los únicos humanos que la visitaban eran unos salvajes que la utilizaban para sus festines caníbales; venían en canoas, descuartizaban, cocinaban y se comían a sus prisioneros y luego regresaban de nuevo en sus canoas hacia su tierra; nuevamente, como en la costa africana, el horror de la vida salvaje desde el punto de vista del civilizado llevado a uno de sus extremos más horribles. En una de estas expediciones ocasionales, de los dos prisioneros destinados al festín canibal uno de ellos logró huir corriendo por la playa, perseguido por otros tres, hasta llegar a un río que los separaba del territorio desde el que Robinson los observaba con su catalejo.

Entre ellos y mi morada se hallaba un río... Evidentemente, el pobre infeliz tendría que cruzarlo a nado, pues, de lo contrario, lo capturarían allí. Al llegar al río, el salvaje se zambulló y ganó la ribera opuesta en unas treinta brazadas, a pesar de que la marea estaba alta. Luego volvió a echar a correr a una velocidad extraordinaria. Cuando los otros tres llegaron al río, pude observar que solo dos de ellos sabían nadar. El tercero no podía hacerlo, por lo que se detuvo a la orilla, miró hacia el otro lado y no prosiguió. Enseguida, se dio la vuelta y regresó lentamente, para mayor suerte del que huía.

Observé que los dos que sabían nadar tardaron el doble del tiempo que el otro en atravesar el río. Entonces, presentí, de forma clara e irresistible, que había llegado la hora de conseguirme un sirviente, tal vez un compañero o un amigo, y que había sido llamado claramente por la Providencia para salvarle la vida a esa pobre criatura... (pp. 178-179).

A tiros de escopeta, ante el asombro de los salvajes, Robinson consiguió malherir a uno de los perseguidores y matar al otro, ante el asombro del que huía, a quien atrajo con gestos amistosos.

Se fue acercando poco a poco, arrodillándose cada diez o doce pasos, en muestra de reconocimiento hacia mí por haberle salvado la vida. Le sonreí, lo miré amablemente y lo invité a seguir avanzando. Finalmente llegó hasta donde yo estaba, volvió a arrodillarse, besó la tierra, apoyó su cabeza sobre ella y, tomándome el pie, lo colocó sobre su cabeza. Al parecer, trataba de decirme que juraba ser mi esclavo para siempre. (p. 179).

El retrato de Viernes, a quien Robinson consideró su siervo, es elocuente.

Era un joven hermoso, perfectamente formado, con las piernas rectas y fuertes, no demasiado largas. Era alto, de buena figura y tendría unos veintiséis años. Su semblante era agradable, no parecía hosco ni feroz; su rostro era viril, aunque tenía la expresión suave y dulce de los europeos, en especial, cuando sonreía. Su cabello era largo y negro, no crespo como la lana; su frente era alta y despejada y los ojos le brillaban con vivacidad. Su piel no era negra sino muy tostada, carente de ese tono amarillento de los brasileños, los nativos de Virginia y otros aborígenes americanos; podría decirse que, más bien, era de un aceitunado muy agradable,

aunque difícil de describir. Su cara era redonda y clara; su nariz, pequeña pero no chata como la de los negros; y tenía una hermosa boca de labios finos y dientes fuertes, bien alineados y blancos como el marfil. Después de dormitar durante media hora, se despertó y salió de la cueva a buscarme. Yo me hallaba ordeñando mis cabras, que estaban en el cercado contiguo y, cuando me vio, se acercó corriendo y se dejó caer en el suelo, haciendo toda clase de gestos de humilde agradecimiento. Luego colocó su cabeza sobre el suelo, a mis pies, y colocó uno de ellos sobre su cabeza, como lo había hecho antes. Acto seguido, comenzó a hacer todas las señales imaginables de sumisión y servidumbre, para hacerme entender que estaba dispuesto a obedecerme mientras viviese. Comprendí mucho de lo que quería decirme y le di a entender que estaba muy contento con él. Entonces, comencé a hablarle y a enseñarle a que él lo hiciera conmigo. **En primer lugar le hice saber que su nombre sería Viernes, que era el día en que le había salvado la vida. También le enseñé a decir amo, y le hice saber que ese sería mi nombre.** Le enseñé a decir sí y no, y a comprender el significado de estas palabras. Luego le di un poco de leche en un cacharro de barro, le mostré cómo bebía y mojaba mi pan. Le di un trozo de pan para que hiciera lo mismo, e inmediatamente lo hizo, dándome muestras de que le gustaba mucho.

Pasé con él toda la noche y, tan pronto como amaneció, le invité a seguirme y le hice saber que le daría algunas vestimentas, ante lo cual se mostró encantado, pues estaba completamente desnudo. Cuando pasamos por el lugar donde estaban enterrados los dos hombres, me mostró las marcas que había hecho en el lugar exacto donde se hallaban. Me hizo señales de que nos los comiéramos, ante lo que me mostré muy enfadado, expresando el horror que me causaba semejante idea y haciendo como si vomitara. Le indiqué con la mano que me siguiera, lo cual hizo inmediatamente y con gran sumisión. Entonces lo llevé hasta la cima de la colina, para ver si sus enemigos se habían marchado y, sacando mi catalejo, divisé claramente el lugar donde habían estado, mas no vi rastro de ellos ni de sus canoas. Era evidente que habían partido, abandonando a sus compañeros sin buscarlos.
(pp. 182-183)

Y ahí comienza el último tramo de la novela, un tercio escaso de ella, con los tres años últimos que Robinson y Viernes pasan en la isla antes de conseguir salir de ella definitivamente. "...Los tres años que vivimos juntos aquí fueron completa y perfectamente felices, si es que existe algo como la felicidad en un estado sublunar" (p.194).

Robinson y Viernes, el civilizador y el neófito educado para siervo, y su estado de felicidad. La naturalidad de un orden colonial en el que el civilizado, cristiano, europeo, occidental, somete con naturalidad al pagano salvaje y antropófago que paga su deuda por el bien recibido con su propio sometimiento, con su libertad. Es el tiempo de Hobbes también, de su Leviatán inevitable para que los hombres no se comiesen unos a otros, pues nada de buen salvaje, el hombre en la naturaleza es una fiera para el otro. Espíritu de los tiempos, su alma. Un mundo duro y así, de esa manera y no de otra, en el que los españoles son un límite de realidad y crueldad, aquellos “hombres blancos con barbas como yo”, evocados por Robinson ante Viernes, “cuyas crueldades cometidas en América se habían difundido por todas las naciones y se transmitían de padres a hijos” (p.190). Españoles y papistas, además, pues “la política de mantener una religión secreta para que el pueblo venere al clero, no solo se encuentra en la religión romana sino, tal vez, en todas las religiones del mundo, incluso entre los salvajes más bárbaros e irracionales” (p.191). Tal vez prejuicios puritanos antipapistas pero que para nada superan el prejuicio colonialistas con barniz evangelizador o civilizador. Así, en otro momento significativo – y con episodio de Nadador, o no nadador en este caso – Robinson y Viernes hablan de la posibilidad del regreso a casa del salvaje en proceso de civilización; con su lenguaje aún imperfecto, Viernes se muestra razonable y argumentador.

- Viernes, ¿no deseas volver a tu país, a tu nación?
- Sí – me respondió –, está muy contento volver a su país.
- Y, ¿qué harías allí? – le pregunté –. ¿Te convertirías otra vez en un bárbaro, comerías carne humana y vivirías como un caníbal?

Me miró lleno de preocupación y, meneando la cabeza, me respondió:

- No, no. Viernes dice vive bien, dice rogar a Dios, dice comer pan de grano, carne de rebaño, leche, no come hombre otra vez.
- Pero entonces te matarían.

Se mostró muy grave ante esto y luego contestó:

- No, ellos no matan mí, ellos aman mucho aprender.

Se refería a que ellos estaban deseosos de aprender y añadió que habían aprendido mucho de los hombres con barba que habían llegado en el bote. Entonces, le pregunté si quería volver con los suyos.

Sonrió y me dijo que no podía regresar nadando.

Le respondí que haríamos una canoa para él y me dijo que iría si yo le acompañaba.

- Yo iría – le dije –, pero ellos me comerían a mí.
- No, no – dijo –, yo hago no te comen, yo hago te quieren mucho.

Quería decir que les diría cómo yo había dado muerte a sus enemigos

y le había salvado la vida para que me quisieran.
(p.198-199).

A estas alturas del relato ya Robinson se siente – y así se presenta – como gobernador de “su isla”: aquel es su territorio en el que él es el jefe y Viernes su esclavo, su siervo, su criado, su súbdito... Tan gobernador se siente, que en un momento se siente con potestad, incluso, de decretar nada más y nada menos que “libertad de conciencia en todos mis dominios”... (p.215). Pero para comprender ese momento, hemos de evocar un último breve episodio con Nadador.

A la isla de Robinson – y nunca mejor expresión ya, con ese posesivo de propietario consolidado por el uso exclusivo y ya también civilizador – habían llegado en varias canoas una veintena larga de salvajes antropófagos para darse un festín con un prisionero que resultó ser español, y Robinson y Viernes van a intervenir, con todas sus armas blancas, escopetería y pistolas de su arsenal, para deshacerse de ellos, al final con la valiosa ayuda también del prisionero español liberado, al que en un momento consiguen también armar y que les ayudará con valentía, pues le iba la vida en ello.

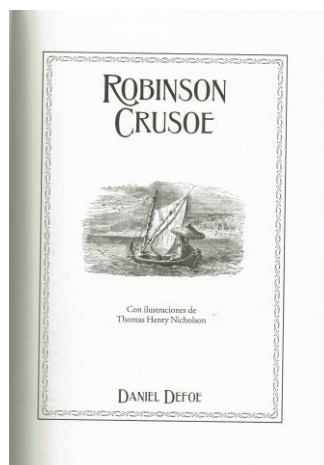
Viernes... perseguía a los miserables fugitivos, sin más arma que el hacha con la que había matado a aquellos tres, que, como he dicho, estaban heridos y habían caído al principio y, luego, a todos los que pudo atrapar. El español me pidió un arma y le di una escopeta, con la cual persiguió a tiros a dos salvajes. Mas, como no tenía fuerzas para correr, se refugiaron en el bosque. Allí, Viernes los persiguió y mató a uno pero el otro, aunque estaba herido, era muy ágil y logró arrojar al mar y nadar con todas sus fuerzas hacia los que estaban en la canoa. Estos tres lograron embarcar, más otro que estaba herido y no sabemos si murió, fueron los únicos, de un total de veintiuno, que escaparon de nuestras manos. (p. 211).

El remate final de esa acción es el encuentro en una de las barcas abandonadas de otro prisionero de los caníbales que se había quedado atado en el fondo de ella y que resultó ser, nada menos, que el padre de Viernes. Y es ahí en donde Robinson se siente gobernador de un territorio poblado en el que decreta la libertad de conciencia; pues: “Mi siervo Viernes era protestante, su padre, un caníbal pagano y el español, papista”. Un trío – protestante, papista y pagano – imposible de conciliar: Robinson sabía que no podía ponerse a salvo en territorios españoles – “la Nueva España” -, “donde cualquier inglés sería ajusticiado, independientemente de las circunstancias o necesidades que le hubiesen llevado allí”. Incluso Robinson manifiesta, ante esa posibilidad, su preferencia a caer en manos de los salvajes antropófagos antes que “caer en las garras de sacerdotes despiadados y ser llevado ante la Inquisición” (p. 217). Certeza o prejuicio, límite de esa maldición historiográfica a la que llaman aún leyenda negra, y de la que no se sabe muy bien en dónde está el culpable, si es que hay un culpable ante una

realidad concreta, la cruel realidad del hecho colonial europeo, hoy sabemos que hecho o realidad también global. Y de la que el propio Robinson es un modelo bastante bien definido.

Y a partir de ahí, ya hacia un final feliz; por fin Robinson consigue salir de su isla y llegar a Europa, para atravesar desde Lisboa, por tierra, pasando por España y con episodios aventureros en los Pirineos, Toulouse, París, Calais y Dover, hasta llegar a su patria original inglesa, en donde poder poner en orden todas las ganancias y adquisiciones de su vida, con su fiel criado Viernes como compañía exótica y, sobre todo, sus “letras de cambio” que le fueron “pagadas escrupulosamente”. La civilización. Y Viernes se diluye en la nada, desaparece, ya no es importante ante la realidad de la vuelta a la civilización de Robinson, su nueva fortuna, su familia – esposa, dos hijos y una hija, su sobrino... - e incluso sus nuevos viajes a partir de 1694 y el esbozo de algo que “lo relataré, acaso, más adelante”. Y fin. Como toda buena serie televisiva en la actualidad, un final abierto para poder continuar una segunda temporada...

La experiencia robinsoniana tiene una cronología muy concreta: dejó su isla el 19 de diciembre de 1686, “después de haber vivido en ella veintiocho años, dos meses y diecinueve días” (p.245). En su regreso a la isla ocho años después, ya deja asentada su propiedad con sus pobladores ingleses y españoles, acosados por los salvajes antropófagos en ocasiones, y les hará llegar materias primas, técnicos y herramientas para su desarrollo. Pero de Viernes, como crueldad literaria de alguna manera inconcebible, nunca nada más se supo... O al menos Defoe, un pecado imperdonable en tiempos de necesidad de una historia poscolonial creíble y honorable, nada dice. O porque no se lo planteara, o porque no supiera qué decir para no pillarse los dedos, o porque no lo valorara tanto como sus lectores posteriores pudiéramos valorarlo. Un misterio literario. Extremadamente cruel.





Daniel Defoe nació en Londres entre 1659 y 1661, se desconoce la fecha exacta, y falleció también en Londres en 1731. Su verdadero nombre era Daniel Foe, añadió el «De» para dotar de aristocracia y elegancia a su nombre. Con un legado extenso, de más de quinientas obras, está considerado como uno de los padres de la novela inglesa.

Su primera y más famosa novela se publicó en 1719 con el título *Vida y extraordinarias y portentosas aventuras de Robinson Crusoe de York*, obra con la que obtuvo gran popularidad, basada en parte en la historia real de un marino abandonado en una isla del Pacífico. Siguió muchas otras obras, como *Memorias de un caballero* (1720), *Vida, aventuras y piratería del célebre capitán Singleton* (1720) y *Fortunas y adversidades de la famosa Moll Flanders* (1722), considerada la primera gran novela social de la literatura inglesa, *El coronel Jack* (1722), *Lady Roxana o la cortesana afortunada* (1724), *Un viaje por toda la isla de Gran Bretaña* (1724-1727), *Historias de piratas* (1724-1728) o *El perfecto comerciante inglés* (1725-1727).